

¿Jazz en Navarra?

Carlos PÉREZ CRUZ*

Cuentan que hubo un tiempo en el que algunas de las grandes leyendas del jazz pisaron Navarra. Hay quien asegura haber escuchado a Dizzy Gillespie en el Teatro Gayarre, ya en sus años de clausura y cierre. También quien presume de haber prestado una trompeta a Chet Baker, ese James Dean del jazz en caída libre. Si no existieran las hemerotecas, pensaría que la presencia de estos dioses del jazz por tierras forales es mero producto del deseo, delirios de la imaginación. Navarra es una tierra hostil con el jazz y, sin embargo, en ella han nacido algunos notables profesionales de esto de la improvisación.

Fue el martes 5 de noviembre de 1991 (véase hemeroteca digital del diario 'ABC') cuando Gillespie, a sus 74 años, poco más de un año antes de fallecer, pisó las tablas del Gayarre. Según esa nota que ahora consulto, al día siguiente actuó el grupo del noruego Jan Garbarek (quizá el navarro Josetxo Goia-Arribere se encontrara entre el público) y se anunciaba la clausura del ciclo con la presencia del trompetista Charles Tolliver junto a la Iruña Big Band. La organización corría a cargo del Gobierno de Navarra y el Ayuntamiento de Pamplona. Diez años antes, el 5 de diciembre de 1981, se iniciaba el 'I Festival Internacional de Jazz' en el Pabellón Anaitasuna, organizado por la Caja de Ahorros Municipal y el Ayuntamiento de Pamplona, con Chet Baker como máximo reclamo. Treinta y dos años después de aquella cita y veintidós de la anteriormente reseñada, Pamplona carece de un festival de jazz, el Gayarre hace mucho que no acoge esta música con naturalidad y la implicación foral y municipal es de mínimos. El advenimiento del Auditorio Baluarte no ha traído mejores noticias. El jazz (jotero) del saxofonista Josetxo Goia-Arribere ayudó a poner banda sonora a la colocación de la primera piedra del auditorio pero ésta debió de enterrar consigo el jazz. Diez años después de la finalización de las obras, las dos salas principales del recinto (sinfónica y de cámara) apenas han acogido un puñado de actuaciones (especialmente las derivadas del ciclo de jazz que organizaba la UPNA en la sala de cámara). Para el primer trimestre del curso 2013-2014 estaban previstas tres actuaciones de grupos locales de jazz en el ciclo "Abre la muralla" en una sala menor del recinto.

Más allá de apariciones coyunturales, la realidad es tozuda y el jazz (y las músicas improvisadas) no cuentan en Navarra. No está establecida una rutina de programación dentro de los espacios principales de la capital ni de otras localidades de la comunidad, a pesar de que es una disciplina que insufló vida al Conservatorio de Navarra en años en que se puso en duda la continuidad de los estudios superiores. Este curso son más de un centenar los matriculados en la especialidad de jazz cuando no hace tanto esta música quedaba relegada a categoría de anécdota en la asignatura de Historia de la Música. Eran tiempos en que músicos ya consolidados de nuestra escena, como los saxofonistas Iñaki Askunze o Mikel Andueza, cruzaban océanos para poder encontrar la formación adecuada. Hoy hubieran tenido la opción de no

141

*Trompetista, locutor de radio, y difusor del jazz por Internet a través de la web www.elclubdejazz.com

moveirse de casa e incluso de elegir entre dos conservatorios muy próximos geográficamente: Pamplona y San Sebastián. Y he ahí la contradicción, pues desde la academia se ha abierto la puerta grande al jazz mientras las de los auditorios se han cerrado. El jazz se queda en la calle, donde precisamente tienen lugar el mayor número de actividades programadas desde las instituciones.

Dos son las citas municipales con el jazz desde hace años: 'Jazz en la Calle' y 'JazzFermín'. La primera comprende cuatro conciertos entre mayo y junio. Desde su creación —en 2013 se ha celebrado la decimotercera edición— ha ido deambulando por diversos rincones de la ciudad, algunos nada propicios para la escucha; ahora parece haber encontrado un espacio más apropiado en el amurallado de la Ciudadela. Por su parte, el 'JazzFermín' se propone como un contrapunto al desenfreno de la madrugada *sanferminera* en la Plaza de los Burgos. Mientras el primero de los ciclos apuesta más por dar salida a la gente de casa, el segundo apunta a presupuestos algo más altos y ha permitido acercar a la ciudad a artistas que en esas fechas veraniegas están de gira por los innumerables festivales de jazz europeos (Tom Harrell, Jason Moran...). Pero más allá de esos ocho días al año (¡¡!!), no hay más. Tan solo el bravo voluntarismo de los músicos de casa y la disposición de algunos bares permite matar el gusanillo.

A pesar de todo, la historia del jazz en España está ligada a Navarra por uno de los primeros grandes nombres que tuvo el jazz ibérico, Pedro Iturralde. El saxofonista de Falces es, junto a Tete Montoliu y un puñado de músicos más, uno de los pioneros de esta expresión musical en España y uno de los primeros en acercarse al flamenco desde el jazz (hoy, por lo general, una fórmula tan impersonal como una franquicia). Allí queda el "Jazz Flamenco" de 1967 en compañía, entre otros, de Paco de Lucía. Meritorio es que lo hicieran en una España aislada entonces por el franquismo de la enfebrecida escena europea del jazz (Francia, Alemania, Italia...), y más con la intuición que con la formación jazzística que ahora se disfruta en diversos centros académicos. Eso sí, Iturralde ha labrado su prestigio en Madrid.

142

Navarro es también el contrabajista Javier Colina aunque, al igual que Iturralde, su prestigio no le viene de su trabajo en casa. Mano derecha del difunto Bebo Valdés en los años finales de carrera del entrañable pianista cubano, Colina fue durante mucho tiempo parte del trío español con más proyección internacional, el del pianista gaditano Chano Domínguez. En la actualidad lidera su propio cuarteto, comparte trío con el barcelonés Marc Miralta y el valenciano Perico Sambeat y hace feliz la voz de Silvia Pérez Cruz, entre otros muchos compromisos. Como contrabajista es, sin duda, un referente ineludible.

A gran nivel también, el saxofonista alto Mikel Andueza ha perdido proyección con su vuelta a casa. Si no es fácil lograr cierta notoriedad desde Madrid o Barcelona, hacerlo desde Estella resulta heroico. Él volvió pero otros se fueron, como Miguel Fernández y Miguel Villar 'Pintxo', tenores navarros (no tenores como el ilustre roncalés sino especialistas en saxo tenor) que se consolidan en su día a día por tierras catalanas.

En lo que se refiere a proyectos desarrollados en Navarra, quedan para el recuerdo notables intentos de contar con una big band de calidad. En los ochenta llegó la Big Band Pamplona,

que grabó un disco (hoy vinilo de coleccionista). En los noventa, la Iruña Big Band, creación del trombonista Iosu Bataller, que alcanzó notoriedad bajo la dirección de Iñaki Askunze con varias grabaciones discográficas en los noventa cuyo punto fuerte fueron los arreglos del saxofonista sobre material folclórico vasco. A nadie le consta su entierro, pero tampoco su resurrección. En los 2000 llegó el turno de la Pirineos Big Band, un trasunto de la anterior, en la que se reunieron diferentes músicos de Euskadi, Navarra y la región de Aquitania, lo que permitió contar con la subvención de diferentes instituciones de las tres regiones, entre ellas la del Gobierno de Navarra. Hoy la formación, que dio a luz dos discos (el segundo de ellos con el trompetista Randy Brecker como invitado), reaparece de forma muy esporádica.

A la nómina de los habituales de la escena local (Javier Garayalde, Mauro Urriza, Laura Ridruejo, Marcelo Eschich, Javier Olabarrieta, Ramón García...) se han ido sumando con los años nuevas generaciones, bien formadas fuera —una mayoría—, bien “producto” doméstico; músicos como las pianistas Kontxi Lorente y Teresa Zabalza, el trombonista Marco Bellizzi, el saxofonista Iñaki Rodríguez, el baterista Juanma Urriza o el trompetista Ion Celestino, entre otros. También hay casos particulares, como el del acordeonista Javier López Jaso, cuya meritoria aproximación al jazz ha llegado desde fuera de los ámbitos académicos. Todos ellos, y otros nombres aquí no reseñados, han ido grabando sus propios proyectos y participan de forma activa en la pequeña escena local de jazz, en la que el saxofonista Josetxo Goia-Arribé tiene el honor no solo de haber puesto música a la colocación de la primera piedra del Auditorio Baluarte sino de ser posiblemente el único músico en haber cincelado un estilo creativo y estético original e intransferible definido por el folclore regional. Si hay un jazz navarro, ese es el de Goia-Arribé.